

Horacio Zúñiga, el misántropo

Inocente Peñaloza García

13

Unos años antes de morir, Horacio Zúñiga se quejaba: "¡Toluca no me quiere, tengo el peor de los defectos: el de ser altivo, el de preferir la soledad antes que la claudicación, el de no poder, el de no saber, el de no querer, arrastrar las alas de mi orgullo por las zahurdas de los imbéciles y las ergástulas de los esclavos!"

El viejo maestro, con su imponente traje negro, su bastón y el brillo inconfundible de la inteligencia detrás de los gruesos cristales de sus anteojos, rara vez era visto en las calles de Toluca; si acaso, caminando alguna vez por el paseo Colón o postrado ante una imagen del templo de San José "El Ranchito" en las horas en que nadie lo frecuentaba.

Encerrado en su casa, de Privada de Villada número 8, pasaba los días dedicado a leer y escribir, y sólo aceptaba conversar con sus alumnos de oratoria, que iban a estudiar el difícil arte de la elocuencia bajo su consejo experto y con su increíble cultura literaria.

En cierta ocasión, se excusó por no recibir al gobernador del Estado de México, que tocó a su puerta, por considerar que su casa, refugio de ermitaño, no estaba en condiciones.

Su quebrantada salud lo obligaba a recibir medicamentos del Sindicato de Maestros del Estado que, al principio gratuitos, pasado un tiempo debía pagar en parte y, después totalmente.

El joven poeta

Horacio Zúñiga, poeta, maestro, orador y periodista, nació en Toluca el 6 de agosto de 1897. Su padre, don Ricardo Zúñiga Merino, era director de un colegio de niños, y su madre, doña María del Carmen Anaya, ama de casa. Tuvo tres hermanos: Teresa, Cristina y Abel.

Desde muy niño, mostró inclinación por la poesía, pues tenía 13 años cuando publicó



en una revista su primer poema, *Soneto Crepuscular*, y a los 16 años dio a conocer *Un crespón y un laurel*, en una ceremonia de homenaje a Francisco I. Madero, en el jardín Reforma, de Toluca.

A los 17 años, Horacio Zúñiga triunfó en los I Juegos Florales de Toluca y se reveló como un poeta joven con amplio futuro.

Juventud y Alma bohemia

El Instituto Literario de Toluca ocupó un lugar importante en la vida de Zúñiga. Desde su primer encuentro con don Emilio G. Baz, profesor de matemáticas, una fría mañana de 1912, el poeta sólo tuvo expresiones de elogio para el colegio.

En el Instituto, Zúñiga formó parte de la generación de Maximiliano Ruiz Castañeda, Enrique Carniado y Daniel Cosío Villegas. Gustavo Baz estaba a punto de terminar el bachillerato.

La Revolución Mexicana no afectó gravemente la marcha del colegio, pues continuaron en la cátedra maestros de la categoría de don Anselmo Camacho, don Felipe N. Villarello, don Juan B. Garza y don Servando Mier. Zúñiga admiró particularmente al ingeniero Baz y al poeta Vi-

llarello, en quien encontró, como solía decir después, "la aristocracia del pensamiento".

Su aprovechamiento escolar fue sobresaliente. Fuera de las aulas, deslumbraba a sus compañeros hablándoles de libros y escritores que jamás habían oído nombrar, pues su afición por la lectura iba más allá de los cursos de bachillerato.

No es exagerado decir que ésa fue la época más dichosa de Zúñiga. Abstraído en los estudios, fascinado por los hallazgos que iba haciendo en las explicaciones de sus maestros, rodeado del afecto de sus condiscípulos.

Entre 1916 y 1917, con Enrique Carniado, Pastor Velázquez y Vicente Mendiola, Zúñiga formó el grupo cultural *Juventud*, que publicó una revista literaria del mismo nombre, cuya Colección completa conserva el bibliófilo Gonzalo Pérez Gómez.

También de aquellos tiempos felices (1914) es la publicación de *Alma Bohemia*, otra revista en la que Zúñiga colaboró con Carniado y otros jóvenes toluqueños.

San Ildefonso

En 1919, el poeta se inscribe en la Escuela Nacional de Jurisprudencia para estudiar la carrera de abogado. Sin embargo, dos años después está convencido de que su vocación no es el Derecho, sino la Literatura. En 1920, publica su primer libro de versos, *Anfora*, en el cual muestra todavía la influencia de los poetas modernistas latinoamericanos, particularmente de Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón.

Horacio Zúñiga participa en los Juegos Florales del Centenario de la Consumación

Inocente Peñaloza García. Cronista de la UAEM. Periodista desde 1955 y profesor de Literatura desde 1965. Ha publicado libros como: *Toluca en la vida de Ramírez y Altamirano* y *La Revolución Mexicana, pensamiento y acción*.



de la Independencia Nacional, con un himno alusivo a la ocasión, y recibe la Flor Natural de Oro en el teatro “Esperanza Iris”. Es su primer triunfo poético resonante, al cual habrá de agregar muchos más.

Decidido a olvidar los estudios de abogado, obtiene las cátedras de Castellano, Literatura e Historia en la Escuela Nacional Preparatoria, de San Ildefonso.

Como profesor, su éxito es extraordinario. Sus clases de Historia, que comenzaron en las aulas 1 y 3 del histórico edificio, tienen que trasladarse al salón “El Generalito” y después al Anfiteatro Bolívar, por la gran afluencia de público.

Entre los discípulos de Zúñiga en aquel tiempo figuran personajes como Octavio Paz, Adolfo López Mateos, Guillermo Tardiff, José Muñoz Cota, Arturo García Formentí, Baltazar Dromundo, Tito Ortega y muchos más.

Pronto, su fama se extiende en el medio educativo y le abre las puertas de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, la Escuela Nacional de Maestros, la Escuela Nacional de Comercio, el Colegio Mexicano y las secundarias 1, 2, 3, 4, 7 y 10 de la ciudad de México.

Al final de su vida, un motivo de orgullo de Zúñiga era el de haber visto pasar por su cátedra a 15 mil alumnos.

De vuelta a casa

En 1926, Enrique Carniado era director del Instituto Científico y Literario de Toluca y don Carlos Riva Palacio gobernaba al Estado de México. Por decisión de ambos, Horacio Zúñiga fue invitado a dictar las cátedras de Historia General y Filosofía de la Historia.

Su sueldo, al decir del propio poeta, era generoso, pues incluía el deber de dictar conferencias, pero cubría perfectamente sus gastos.

De vuelta a casa, Zúñiga fue un verdadero animador cultural. Tuvo oportunidad de participar en los preparativos del Centenario del Instituto (1928), para lo cual compuso la letra del himno –que hoy día sigue siendo himno institucional– y proyectó el Monumento a los Maestros junto con el escultor Ignacio Asúnsolo y el arquitecto Vicente Mendiola.

En 1929 se ausentó de nuevo para dedicarse a sus cátedras en la ciudad de México.

El poeta épico

Zúñiga regresa al Instituto en 1930, cuando el gobernador Filiberto Gómez le ofrece la dirección del plantel, pero él prefiere

hacerse cargo de las cátedras de Historia de México y Literatura General y Castellana.

En poesía, prepara sus libros esenciales. Por iniciativa de sus discípulos, en 1931, aparece *Mirras*, poemas orfétricos, y en 1932 *El Minuto Azul*, poemas románticos. Sin embargo, en 1933 se publica *La Selva Sonora*, poemas orquestales, que es su obra capital, porque en ella se muestra como el extraordinario poeta épico que en realidad fue, aunque no careciera de vena sentimental, como puede verse en este poema de alejandrinos de *El Minuto Azul*:

*Tu también como las otras por mi senda discurriste,
y también como las otras, largamente, me miraste
y también como las otras en un sueño te esfumaste,
y también como las otras te me fuiste... te me fuiste,*

*De rodillas, en la misma posición en que me viste,
y besando hasta las huellas del camino que pisaste
me quedé con el recuerdo del amor que te llevaste,
infinitamente triste... infinitamente triste!...*

*¡Oh ilusión, como las otras, engañosa y pasajera!
Vaguedad de un idealismo, soplo azul de una quimera,
polvo de oro en las angustias de mi lúgubre crespón.*

*Hoy que todo en mi existencia frágilmente se derrumba,
¡por piedad!, ven a ayudarme a llevar hasta la tumba
el cadáver destrozado de mi roto corazón!...*

Es la década más productiva de Zúñiga como escritor. A los títulos mencionados, deben agregarse: *El Estado de México* (1933), *La Universidad, la Juventud, la Revolución* (1934), ambos del género de ensayo; *El Hombre Absurdo*, novela (1935); *Realidad*, novela (1935); *3 Poemas a la Madre* (1936), *Sinfonías* (1937), *Torre Negra* (1938), *Verbo Peregrinante* (1939) y *Galería de Hombres Ilustres del Estado de México* (1938-1941).

La ruptura

El año de 1934 fue violento en la vida del Instituto. Una serie de acontecimientos alteraron la tranquilidad y abrieron brecha a grandes inquietudes estudiantiles.

Primero, fue cesado y encarcelado el profesor Francisco Schenabel, por expresar ciertas opiniones políticas. Después, Josué Mirlo fue privado de sus cátedras por colaborar con la Liga Estudiantil contra el Imperialismo Yanqui; por último, Horacio Zúñiga entró en polémica con el director del colegio, Antonio Berumen Sein, poeta potosino de medianos vuelos, sobre cuestiones de trabajo, pero el problema creció y llegó hasta la oficina del gobernador del Estado, que era José Luis Solórzano. Cierta día, llamado a Palacio de Gobierno para “hacer aclaraciones”, Zúñiga fue objeto de injurias y de una cobarde agresión física, por la cual tuvo que dejar sus cátedras.

De estos hechos se derivó una enérgica protesta estudiantil que, seguida de una huelga, culminó con la renuncia de Berumen Sein a la dirección y la primera demanda de autonomía para el Instituto.

El poeta jamás volvió a las aulas institutenses.

El misántropo

Aunque aparentemente repuesto del golpe, en 1937, Zúñiga se hizo cargo de la dirección de la Biblioteca Pública Central; su vida cambió radicalmente y se fue aislando del trato con la gente, en



actitud de hielo que sólo se rompía cuando asistía a dar su clase en la Escuela de Artes y Oficios para Varones (EDAYO) o en la Normal del Estado.

Publicó otros libros: *iPresente!* (1951), *Letras Marianas* (1953), e *Ideas, Imágenes y Palabras* (1956). Dejó en preparación la novela *Miseria* y el poema dramático *Ben-dita Tierra*. En ediciones póstumas aparecieron *Zarpa de Luz y Espumas* y *Oleajes*.

En la dirección de la Biblioteca Pública permaneció hasta 1951, año de su jubilación. Posteriormente, siguió asistiendo como Director Honorario, hasta que el 2 de junio de 1952 sufrió una trombosis coronaria, que lo inhabilitó.

Vinieron entonces aquellos últimos años de soledad y misantropía. Zúñiga ocupaba sólo una parte de su casa de Privada de Villada (con fachada actual a la calle de Horacio Zúñiga) y recibía a muy pocas personas. Para comunicarse, escribía artículos para el diario *El Universal*, en el cual colaboró desde sus años juveniles.

Escribía febrilmente y vivía rodeado de sus preseas y trofeos, más de un centenar, que ganó en certámenes literarios de diferentes estados de la República, dos en Argentina y uno en España.

Apreciaba particularmente las Flores Naturales, más de 20, que ganó en aquellos concursos que se llamaban Juegos Florales, y en los que prácticamente no tuvo rival.

Su talento como poeta, como orador magnífico y como maestro, no fue puesto en duda por nadie, pero tampoco se le dio el reconocimiento que merecía.

Quizás por eso, en esos últimos años sintió ser víctima de ingratitudes y abandono.

Su atormentada soledad —jamás pensó en casarse— terminó en el amanecer del 13 de septiembre de 1956, en un cuarto del Sanatorio Hidalgo, de Toluca, donde murió.

Sus restos fueron velados en el Aula Magna de la UAEM y sepultados en el Panteón General de Toluca, de donde se les trasladó posteriormente a la Rotonda de los Hombres Ilustres del cementerio municipal. Δ

